



ARTÍCULO | ARTIGO | ARTICLE

Fermentario N. 9, Vol. 1 (2015)

ISSN 1688 6151

Instituto de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad de la República. www.fhuce.edu.uy

Faculdade de Educação, UNICAMP. www.fe.unicamp.br

Centre d'Études sur l'Actuel et le Quotidien, Sorbonne. www.ceaq-sorbonne.org

PENSAMIENTO ARTÍSTICO

Roberto M. Falcón¹

Resumen

La formación artística se presenta como una experiencia colectiva que destila un conocimiento natural y versátil. Vivencia que nos lleva al corazón sensible del aprendizaje, entendido como trayecto que irriga la socialización instintiva y emocional. Estamos ante una la lógica viva que indaga en lo oscuro, en lo olvidado y descartado, revelándose como una potencia resistente capaz de secretar un conocimiento fértil. Este saber sublimado es un fluido errante que amplifica el destino colectivo, vislumbrado como la natural emergencia de lo vital. En este sentido, la formación artística como viscosidad sensible, jamás genera en las personas una repugnancia emocional, característica de la educación moderna. En definitiva, estamos ante invitados a entrar en contacto con un conocimiento olvidado, que reemerge a través del despliegue de las personas sumergidas en un presente concreto e imaginal.

Palabras claves: conocimiento, destino, experiencia, sensible, viscosidad.

¹ Roberto M. Falcón es doctor por la Universidad de Barcelona, con una tesis de Filosofía sobre *El sentido proyecto afectivo* y sus alcances en Educación, Sociología y Arte; realizó trabajo post-doctoral, Université Paris V, La Sorbonne, sobre procesos de investigación y formación artística; responsable del grupo GREAS/CEAQ, Université Paris V; participante de OEPE, Universidad de Valladolid (Educación patrimonial) y CUICA, Universidad Autónoma de Madrid (Educación).
marcelo.falcon@ceaq-sorbonne.org

Circulación imaginal

La acción de deformar, desfigurar o alterar lo percibido, evita sujetarse a la prisión de lo conformado como realidad inmóvil, hace posible escapar de todo pensamiento petrificado que impide procesos de desarrollo personal y colectivo. Situación que nos invita a transformar lo percibido, pensado o vivido, con todas las realidades que nos aporta la memoria, la imaginación, lo onírico, lo inconsciente y la experiencia artística. Este hecho es un proceso de pensamiento complejo que lo podemos entender como una **acción imaginante** (Bachelard, 2001) que nos transporta, eleva y sumerge en un Olimpo inteligentemente sensible, entendido como laboratorio creativo donde todo puede devenir su contrario. Por lo tanto, si fuera imposible relacionar una experiencia presente con otra ausente, con ciertas ideas y meditaciones, estaríamos ante la ausencia de acción imaginante o pensamiento complejo. Sin esta potencia activa, la **imaginal**², no es posible iniciar a las personas en un activo pensamiento artístico³, por lo tanto, desarrollarse a través de la formación e investigación sensible. La celebración de relaciones de lo diverso, a través de la acción imaginante, de las potencias imaginales activas de las personas, abre trayectos creadores que deformando lo pétreo o dinamizando lo estanco, ofrece experiencias que impulsan a sumergirse en un devenir versátil. Esta vivencia imaginal⁴, es una constante invitación a vivir experiencias de manifestación de lo informe de las cuales emerge un conocimiento reversible⁵. Fuera de las fronteras rígidas, los tramos creadores son una sensible apertura relacional, un pasaje que participa de la conformación dinámica del saber, entendido como potencia activa artística, compleja o sistémica. La danza entre lo activo y lo pasivo es acompañada, aglutinada por este conocimiento versátil, por esta fuerza imaginal que logra otorgarle a la existencia una dimensión más: la sensible. Dentro de este pliegue existencial, conformar certezas con anterioridad, es eliminar el viaje artístico, la aventura creativa, por ende, es asentar la búsqueda de conocimiento sobre caminos fijos. Consolidar certidumbres es obstruir el flujo vital de la vida, siempre cambiante, versátil y sorpresiva. La experiencia formativa y de investigación a través de lo artístico, se sumerge radicalmente en lo circunstancial, escapando de toda experiencia que fosiliza la razón sensible. La experiencia estable como forma controlada, proyectada o radicalmente meditada con anterioridad, evita todo vuelo creador, por lo tanto, mata la aventura relacional, el conocimiento vivo, en las palabras de Gastón Bachelard: « *Autant dire qu'une image stable et achevée coupe les ailes à l'imagination* » (1943: 6). La inteligencia relacional o **razón artística** (Falcón, 2014:42) evidenciada por la formación sensible, es la bella fuerza deformante de todo pensamiento fijo, de toda educación dogmática. Los procesos formativos que propone, participan del vuelo imaginal, vivo, vivificante y fecundo del pensamiento. Donde la indeterminación caracteriza su trayecto errante, sus movimientos creadores que nos envuelven vivamente. Las rutas que nos ofrece la formación artística, son la expresión viva de la sensibilidad personal y colectiva, una experiencia íntima compartida.

² Posibilidad de crear conocimientos por inmersión en la experiencia artística.

³ Entendemos como pensamiento artístico el contacto con el conocimiento a partir de una experiencia colectiva y sensible.

⁴ Modo de vivir el imaginario : inmersión de la persona en una dimensión simbólica y colectiva.

⁵ Estamos antes un conocimiento que nos pone en contacto con una dimensión opuesta de lo que parece presentar, ver también : Michel Foucault (1997), El pensamiento del afuera, Pre-textos, Valencia.

Estamos ante el viaje imaginal del pensamiento, que ofrece sorprendentes itinerarios que fertilizan el conocimiento, que humedecen la razón con las potencias de la sensibilidad. La experiencia artística libera la fuerza natural del pensamiento, del conocimiento y de todos los procesos formativos que se nutren de su errancia sensible.

Escapar de la escisión de lo vital o petrificación de lo existente - generada por la acción de la razón extrema - nos invita a iniciarnos en una dimensión existencial orgánica que liga lo enfrentado, como lo incuestionable y cuestionable, lo presente y ausente o lo considerado real e irreal, en las palabras de Gaston Bachelard: « *Un être privé de la fonction de l'irréel est un névrosé aussi bien que l'être privé de la fonction du réel* » (1943: 13). Fuera de los trastornos de una conciencia desencantada por habitar un universo separado, la razón sensible es una apertura, una fisura viva que nos seduce, que nos pone en contacto con un conocimiento versátil que no clasifica ni separa para comprender, sino que celebra la filiación entre realidad e imaginario, según Gastón Bachelard: « *On devra donc trouver une filiation régulière du réel à l'imaginaire* » (1943: 13). La formación sensible es una experiencia pluridimensional vinculatoria, que deformando, agrietando o modelando lo dogmático, circula por todas las capilaridades de lo infranqueable. De este modo, los cerramientos contruidos por lo dogmático, sus tectónicas obstrucciones alojadas para impedir todo despliegue personal, devienen cáscaras obsoletas y porosas ante el flujo vital impulsado por la formación artística. La experiencia sensible bosqueja los contornos difusos de la existencia. Por ello, el pasaje ofrecido por la formación artística es una abertura, una bella y seductora fisura que nos implica en una imaginación creadora, en una acción imaginante que reúne lo heterogéneo. Lo imaginal, la formación sensible, abre espacios de relación en los cuales es posible invocar la presencia de un conocimiento total, holístico y natural. Esta apertura sensible, provoca una desobstrucción emocional que evita el empobrecimiento del pensamiento, en las palabras de Gastón Bachelard: « *Si la fonction d'ouverture, qui est proprement la fonction de l'imagination, se fait mal, la perception elle-même reste obtuse* » (1943: 13). La investigación artística se presenta como un viaje errático, imaginal e iniciático, como indagaciones nutridas por los imaginarios colectivos que ofrecen ricos elementos de conformación de lo real, como lo onírico e inconsciente. La comprensión de la realidad como una experiencia dinámica, sorprendente e incontrolable, alabea nuestra relación con el mundo, con todas las formas estables de pensamiento y conocimiento. El saber artístico y sus procesos de conocimiento nos inician en un vértigo comprensivo y creador. Conocer a través del tacto, de lo olfativo, de lo sensible, del viaje interdisciplinar e imaginal, revela la potencia de un saber orgánico que entendemos holístico, ecosófico. Donde la materialización de las fuerzas imaginales, abre senderos de investigación, que entre otras realidades, transforman la educación en un rico proceso formativo que manifiesta las potencias de las personas. Estas energías invocadas por los trayectos artísticos, impulsan la emergencia del ser personal en relación con el todo, de un saber que desobstruye todos los caminos creativos.

Ley sensible

El pensamiento artístico genera procesos de formación que hacen posible acompañar el desarrollo instintivo de las personas, incorporando los grupos a los cuales ellas participan. En este sentido, el conocimiento artístico es asimilado y secretado por las **realidades sociales**, entendidas como pequeños grupos afectivos, que de este modo, tejen su destino. El tiempo que llega con sus frutos agrios y dulces, es asimilado por la acción sensible del pensamiento colectivo; revelando el potencial activo de lo sincrónico, según Jung, es decir, de las relaciones a-causales desveladas por el inconsciente colectivo. Es esta vorágine de efectos afectivos, de relaciones sincrónicas, que va tramando el tiempo que arriba, que va transformando la experiencia en un conocimiento vivo o **aefectivo** (Falcón, 2010). El presente y el devenir como un saber encarnado en lo afectivo, conforma una realidad versátil, dinámica, impregnada de manifestaciones que se desdibujan en la experiencia. Podemos decir que hay personas que respiran en un universo aefectivo, que viven rodeadas de **objetos sensibles** (Scheler, 1996), y desde este estar en el mundo, participan en el desarrollo cotidiano de los grupos sociales, de su destino íntimo y colectivo. Sus experiencias sensibles con el entorno, con los demás, genera siempre las **mismas clases de acontecimientos** (Scheler, 1996), que entendemos como resonancias afectivas. Son estas repercusiones las que van conformando el presente y en él, un devenir íntimo, interno o espiritual, un tiempo que se hace espacio de relaciones profundas. Por lo tanto, acercarse al conocimiento y a la formación de modo instintivo, va conformando un sendero de aefectos a través de los cuales es posible participar de un pensamiento apócrifo o saber sensible que va desocultando lo extraordinario de la vida a través de todas las vivencias ordinarias. Donar el potencial personal desde las experiencias formativas, hace posible la presencia de un mosto colectivo que en su tiempo propio, va destilando un saber grupal y circunstancial. Son estas verdades relativas que nos acercan a una visión holística del mundo, que ofrecen formas orgánicas de estar en él, por ende, no rehenes de ningún funcionalismo utilitarista y capitalista. El viaje a-causal que plantea la formación artística, es un camino resistente que nos lleva fuera de los escombros infértiles de la modernidad, haciendo posible la **transformación radical** (Scheler, 1996) de las personas y sus relaciones cotidianas. La persona está constreñida en ciertas circunstancias que le llevan a un destino particular, pero una vez que se da cuenta de este encierro, puede entregarse a éste u oponerle resistencia. Resistirse a lo que determina es posible desde las energías sociales artísticas, ya que ellas alabean lo instaurado y agrietan lo dogmático, a través del saber natural que subliman, que despliegan incesantemente. Los procesos de investigación y formación artística encarnan este saber sublimado, este fluido que navega fuera de lo que constriñe; entendido este coerción, como una fortaleza egoísta que divide para controlar y domesticar las potencias instintivas de las personas en fines utilitaristas. La atmósfera destilada por la experiencia artística, por todos los procesos iniciáticos ligados a ella, invita a los participantes a salir fuera de su **centro personal** (Scheler, 1996), a confundirse con todo aquello con lo cual entran en contacto. El conocimiento emergente hace del destino colectivo, una miel heterogénea, un mosto imaginal que nos pone en contacto con los infinitos pliegues del destino aefectivo.

Lo afectivo como acto primario es el inicio de procesos de formación sensible, de caminos artísticos que intensifican el despliegue de las personas y los grupos en los cuales están integradas. La formación sensible es un proceso de socialización natural que hace posible la aparición de grupos y sus manifestaciones siempre marginales a los proyectos, al control de la razón. El pasaje del ente personal al colectivo como acción instintiva, es la esencia de la formación artística, viaje que implica dejar la prisión psicológica individual para moverse en espacios más amplios de socialización, de contacto interpersonal, en las palabras de Max Scheler:

“Por esto fue siempre el amor, para nosotros, el acto radical y primario por el cual un ente, sin dejar de ser tal ente limitado, se abandona a sí mismo para compartir y participar como ens intentionale en otro ente, sin que por ello esto se conviertan ambos en partes reales de la nada. Lo que llamamos “conocer” – esta relación ontológica – supone siempre este acto primario y radical: un abandonar su propio ser y sus estados, sus propios “contenidos de conciencia”, un trascenderlos para llegar, en lo posible, a un contacto vivido con el mundo” (1996: 44).

La formación artística como acto de fusión, como contacto sensible, radical y primario, nos invita a abandonarnos en lo grupal, en un mundo imaginal que ofrece trayectos intensos de despliegue alejados de toda dirección finalista. Lo sensible entendido y vivido como la matriz creadora de lo que somos en acción relacional, da a luz una razón renovada, es decir, una inteligencia afectiva, holística y ecosófica. Lo afectivo, colectivo y conectivo como la energía madre del conocimiento, de la razón y todos sus actos, disemina miríadas de creativas **esporas viajeras** (Torregrosa A. y Falcón R. M. En: Huerta, de la Calle, 2013: 125), que fertilizan mundos alternativos, heterogéneos y sinceramente vivos. Situación que nos lleva a comprender la singularidad del pensamiento sensible de la formación artística, de todas las aventuras que propone e invoca, que son ajenas a toda determinación objetiva. Fuera de decisiones anticipadas, brota el magma vital emocional o corriente ardiente creativa que impulsa el despliegue de las personas. Esta potencia sensible puede entenderse como el corazón activo de la formación artística, de sus derivas y **errancias**⁶, en las palabras de Max Scheler:

“El “corazón” tiene sus razones, pero no “razones” sobre las cuales ha decidido ya previamente el entendimiento y que, por tanto, serían no razones, esto es, determinaciones objetivas, “necesidades” estrictas, sino tan sólo las llamadas razones, en el sentido de motivos, deseos. En las frase de Pascal el acento se halla en el “sus” y en las “razones”. El corazón tiene sus razones, “las suyas”, de las cuales el entendimiento nada sabe y nada puede saber; y tiene “razones”, es decir, evidencias

⁶ Utilizo el sufijo *ancia* debido a que forma sustantivos abstractos e indica acción y resultado, como estancia, ambulancia y vagancia. En el contexto de este trabajo con la palabra errancia me refiero a las acciones erráticas, opuestas a lo preestablecido, fijo, construido, proyectado, dogmático o inmóvil.

objetivas sobre hechos para los cuales el entendimiento es ciego, tan ciego como lo es el ciego para los colores y el sordo para los sonidos.” (1996: 55).

Desde esta dimensión, la formación artística destila razones sensibles con las cuales genera trayectos de despliegue personal, caminos curvos y erráticos que la razón no comprende ni previamente, ni durante la experiencia, pero sí a su término. La ceguera dogmática de la razón extrema, construye pétreos caminos de investigación y educación, pero que se licua con la formación artística, haciéndole participar del néctar creador de lo imaginal. De este modo, las ruinas de la razón infértil participan del microclima en la cual crece el conocimiento sistémico o potencia natural incontenible que se organiza según una lógica sensible. Es esta ***lógica viva*** (Carlos Vaz Ferreira, 1962) o razón sensible, que ofrece trayectos de formación no rehenes de proyectos utilitaristas y por ello, vive en contacto con un conocimiento vivo. Estamos ante una realidad formativa y de investigación que integra la vida emocional de las personas, sus historias vitales, donde lo sensible lejos de ser considerado un falso hecho subjetivo sin sentido ni dirección, se revela como la luz oscura que nos pone en contacto con un conocimiento, con un destino holístico y sincrónico.

La relación ***vida emocional*** (Scheler, 1996), aprendizaje e investigación, queda manifiesta en la existencia de la formación artística. En este sentido, la formación es una pregunta activa y colectiva, que nos invita a entrar en contacto con un caos creador, con una errancia sorprendente guiada por la brújula sin agujas del corazón, lo sensible, emocional y afectivo, en las palabras de Max Scheler: *“Quién os dice que allí donde vosotros solamente ven un caos de confusos estados no existe también un orden de hechos, “el orden del corazón” oculto al principio, pero accesible al descubrimiento?”* (1996:57). La modernidad y su raquítica forma de buscar la verdad, sustentada en una objetividad ciega, ha creído que no había nada firme en lo sensible, cuando en realidad no ha tenido el coraje de indagar en lo oscuro, según entiende Max Scheler: *“Cree el hombre moderno que no hay aquí nada firme, determinado, ni urgente, cuando en realidad no hay sino la falta de esfuerzo y seriedad para buscarlo”* (1996:58). Por lo tanto, las fuerzas sensibles invocadas por la experiencia formativa artística son un sendero de retorno a un conocimiento que emerge por inmersión total de las personas en la naturaleza, en sus potencias inconscientes e instintivas que irrigan los procesos científicos, en acuerdo con Max Scheler: *“El volver a estas fuerzas espirituales es considerado por los fetichistas de la moderna ciencia como “no científico”, y por tanto, como un defecto de “objetividad”* (1996:58). Lo que propone la formación artística es una inmersión sensible en los procesos de contacto con un conocimiento sistémico, total, ecosófico, natural y arquetipal. Ingresamos en un paisaje que nos absorbe, nos amasa y nos devuelve a una totalidad natural o ancestral. Situación que es percibida solamente por las personas que aceptan vivir esta experiencia, que tienen una delicadeza sensible para su entorno y las invitaciones que de éste llegan, establece Max Scheler:

“Hay un escuchar lo que nos dice un sentimiento de belleza de un paisaje, una obra de arte, o un sentimiento que recae sobre las propiedades de la persona que está ante nosotros; quiero decir, un sumiso dejarse llevar por este sentimiento, y un sosegado aceptar el término a que nos conduce – una finura de oído para lo que entonces está ante nosotros, y una comprobación estricta de si es claro, unívoco y determinado lo que así percibimos; una cultura de crítica para lo “auténtico” o “inauténtico” para lo que se halla en la línea del simple y puro sentir y para lo que solamente decide el deseo de la voluntad o de la represión dirigida hacia ciertos fines. Se han perdido constitutivamente para el hombre moderno. De antemano no posee confianza ninguna ni toma en serio lo que aquí pudiera oír.” (1996: 59).

La formación artística se deja llevar por trayectos experimentales sin corsé proyectual, en este sentido, vive reuniones íntimas en un mundo dinámico y a-causal, con un tiempo encarnado en una viva lógica sensible.

Fluido errante

La formación artística es una experiencia de vida que nos pone en contacto con un conocimiento sublimado o fluido errante que irriga las capilaridades de lo real. La energía colectiva invocada por la formación sensible, se mueve holísticamente revelando la existencia de un mundo pluridimensional, dinámico y vivo. Estas experiencias nacen en el exterior de la palabra dogmática, del concepto pétreo, de todo pensamiento analítico que divide y toma distancia para comprender. El saber errático pone en contacto lo conocido y lo desconocido, nutre a las personas durante sus trayectos vitales. La ecosofía de la experiencia y ésta como manifestación sistémica, sincrónica, libera las energías personales, las reúne en el crisol de los grupos sociales o pequeñas comunidades afectivas. La formación artística que allí se anida, secreta un conocimiento activo y sensible que navega reuniendo lo distante, lo separado, lo que ha sido fragmentado por la acción analítica, por estas tijeras violentas de la razón. La formación y la investigación emergente de las experiencias sincrónicas, van conformando un lenguaje errático con el cual se hilvanan los contornos versátiles de lo real. Esta experiencia es un alimento vital que hablando el lenguaje del corazón, celebran la unión emocional de las personas, su fusión sensible. Este vínculo sincero no es una amalgama materialista impuesta de lo diverso, como lo busca la **sociedad espectacular** (Debord, 1992), sino que es la oportunidad de reunirse desde lo a-causal. La experiencia artística vive en el corazón del conocimiento sistémico o ecosófico, a diferencia de la espectacular, de las sociedades utilitaristas, cuyo centro es lo irreal, en las palabras de Guy Debord: « *Il est le coeur de l'irréalisme de la société réelle* » (1992:17). La aglomeración de personas sin conexión sensible entre sí, fortalece las sociedades espectaculares o a-sistémicas, cuyo presente y su destino está hipotecado o muerto, pues han cortado sus vínculos con la naturaleza, con la naturaleza de las personas. La sociedad moderna y sus instrumentos políticos como la educación, impiden todos los pasajes hacia el desarrollo personal y societal, condicionando, domesticando, obstruyendo, todos los movimientos

instintivos que irrigan el pensamiento ecosófico. Dirigiendo el comportamiento de las personas, intentan construir una sociedad de ciudadanos reducidos, en las palabras de Guy Debord : « *Le spectacle réunit le séparé, mais il le réunit en tant que séparé* » (1992:30). Sin participación en su destino, las personas sujetadas, viajan en línea recta, imantadas por los reflejos de lo político, de lo funcionalista, capitalista y finalista. Hacen parte del autorretrato del poder de turno, exorcizadas marchan en la misma y única dirección: *la económica*. La educación dentro de este espectáculo, se revela como un camino pre-político (Arendt, 2010), que contrasta con los trayectos sensibles de la formación artística. Dicho de otro modo, mientras que un modelo genera reuniones de personas separadas, el otro propicia la existencia de comuniones afectivas donde las personas se fusionan en un ambiente generado por ellas. La formación artística nunca es un espectáculo vacío como efecto de un poder económico y político, sino un camino ancestral que se redescubre en cada reunión sensible.

La formación artística al margen de las mazmorras de la modernidad, de la obsesión de una futura sociedad paradisíaca, de un progreso falso, deambula errante entre lo societal. Ve en las personas desde su nacimiento, no la oportunidad de generar cambios políticos de modo silencioso, según formula Hanna Arendt (2010), sino una natural emergencia de lo vital, de un destino sensible no anticipado. El pensamiento artístico no busca participar de ningún nuevo orden mundial o ningún progreso social, de ninguna acción política para inclinar los jóvenes, de ninguna revolución silenciosa; sino simplemente, acompaña la manifestación lenta de las potencias personales. Inmersos en esta dimensión, la formación y la investigación artística, la inteligencia sensible, celebran experiencias que nutren tanto el que las vive como el que las ofrece. Este acto natural tiene en cuenta la interacción entre las experiencias interiores y exteriores de la personas, así como sus vivencias anteriores y posteriores a la misma. El contacto entre experiencia formativa, conocimiento y vida, hacen de la formación sensible una inmersión que no fragmenta lo real olvidando la persona. Es por ello, que la educación como camino que no acompaña el despliegue interior de las personas, genera una **repugnancia emocional** (Dewey, 2004), que les hace detestar y aborrecer todo proceso de enseñanza. La circulación afectiva de la cual es parte la formación artística, celebra procesos errantes y empíricos que abre las personas, en las palabras de Michel Maffesoli: “*La bipolaridad individuo (cerrado) – persona (abierto) debe por supuesto ser entendida como una tendencia general, como algo que va a ser la causa y el efecto de un “espíritu del tiempo” específico*”. (2007: 235). La apertura hacia los demás de modo sensible e inteligente, hace del desposeimiento de lo individual, una oportunidad de desarrollo del ser colectivo. Ambiente efervescente que hace de la investigación y la formación, una experiencia que nos pone en contacto con un conocimiento total, con un saber que revela la existencia de un universo de fronteras difusas o **puntillismo afectivo** (Maffesoli, 2007). Situación que hace posible comprender la inexistencia de límite invencible entre objeto y sujeto, razón y sensibilidad, efecto y afecto o arte y conocimiento. La cotidianeidad de la formación artística es una circulación afectiva que ligando opuestos, ofrece experiencias que amplifican lo real. La persona sumergida en este dinamismo, se convierte en la fuerza

resistente de todo pensamiento analítico, de todo esfuerzo por seccionar para controlar lo que allí se dona. La integración afectiva de la persona al mundo, al conocimiento, a todos los procesos de manifestación en los cuales participe, hace visible la realidad viscosa de lo societal, de las sociedades sensibles, según Michel Maffesoli:

“El ambiente que crea vuelve a representar unas de las funciones del glutinum mundi, este “pegamento del mundo”, en el que los alquimistas veían una manera de vivir la reversibilidad que se establece entre el micro y el macrocosmos, lo que luego permitiría existir a la vida mundana.” (2007: 262).

Los imaginarios son este **gluón emocional** que circula entre las personas invitándolas a ser en relación, inmersas en una viva **estructura glisomórfica** según Michel Maffesoli:

“Aquí también la pista de investigación es de lo más vasta; es suficiente con revelar lo que la une a esta curiosa facultad de agregación, a esta estructura “glisomórfica” que de múltiples maneras halla el medio para expresar la viscosidad, la adhesividad que me une a los demás.” (2007: 263).

Adhesividad envolvente que nos invita al pasaje de lo indentitario como conciencia racional que separa, a la identificación como situación colectiva y sensible que se sumerge en lo ligado.

Conocimiento olvidado

El pasaje de lo cerrado a lo abierto, del individuo a la persona y de ésta, a lo societal, es posible a través de la formación artística. Donde la reunión del interior personal con su entorno, la exterioridad sensible, genera una fricción creadora que ofrece un conocimiento holístico, sistémico o ecosófico. La formación artística genera experiencias colectivas que desarrollan las personas al acercarlas a la vida compartida, a un presente habitado por la danza de opuestos. Lo sensible dona todo el potencial para el desarrollo de una investigación encarnada en lo social, en las palabras de Michel Maffesoli: *“Sabido utilizar los sentidos en su máximo potencial, se accede a una vida social que no es ni abstracta ni desencarnada, sino por el contrario descansa en la epifanización, la valoración de lo que hace la humana naturaleza”* (2007: 66). Desde esta posición, si nos preguntamos sobre que es la formación artística, nos encontramos con las tres raíces perdidas de la palabra ser, según Heidegger (2006), y que son: vida (vivre), desplegarse (s'épanouir) y habitar (demeurer). Desde esta realidad, la formación y la investigación a través de lo artístico, es un viaje complejo que tiene tres estadios interrelacionados: la vida de las personas, su despliegue y su existencia en un presente concreto e imaginal. Donde lo societal como potencia aumentada por este viaje trino de la raíz del ser, genera un conocimiento reencontrado y restaurado. Los trayectos colectivos vividos como experiencias de restauración de lo vital, del ser vivo, participan del **rencantamiento del mundo** (Maffesoli, 2007), de un

regreso al conocer desde la experiencia sensible. La formación artística con estas características es sencillamente un ritual creativo, donde conocimiento, investigación y desarrollo de las personas, se alejan de una fría conmemoración de lo vital, para acercarse a un ser colectivo vivo. La formación artística es un conocimiento vivo que desarrolla procesos de investigación que no buscan lo nuevo, sino, que encuentran de nuevo un saber olvidado. El retorno al sendero perdido, a las raíces de la palabra ser en plural, entendida como experiencia de reunión de vida, desarrollo y habitar el presente, hace de la formación sensible una fisura mágica emergente en la modernidad pétreo. El ser colectivo con sus tres raíces vivas, es una potencia relacional que transpira un conocimiento ancestral, que ofrece viajes de despliegue en tiempo presente y que constituye la ley sensible del grupo. Sin imposición externa, la ley interna o instintiva sustenta la formación artística y nos invita a experimentar una **investigación errática**⁷ que nos pone en contacto con un conocimiento azaroso. Teñidos del pensamiento de Martín Heidegger (2006) y nuestra experiencia en la investigación errática, podemos establecer que la formación artística nos invita a vivir sorprendidos **trayectos de búsquedas** o *leicht*, que nos hacen atravesar la **espesura oscura** o *dickung*, hasta llegar al estadio presente de un conocer que se revela a modo de una sorpresa **claridad** o *lichtung*. El conocimiento emergente de estas experiencias es una **penumbra seductora** (Torregrosa, Falcón, 2015: 330), una potencia instintiva emergente en los palimpsestos de nuestras certezas. La creadora inteligencia colectiva despliega una lógica viva o sensible, una ductilidad hermeneútica que hace de los maestros de la formación artística, discretos pasadores que facilitan el pasaje del individuo aislado a la **persona plural** (Maffesoli, 2007) como realidad dinámica y abierta. Tal lógica viva, razón sensible o inteligencia afectiva, desarrolla la formación artística y hace posible el ingreso de las personas a una humanidad otra, es decir, ecosófica y artística, en las palabras de Michel Maffesoli: “*El hombre, en efecto, al reconocer lo que es, un ser sensible, accede a la humanidad, es decir, a las relaciones con los demás*” (2007: 66). Finalmente, podemos establecer que la razón instintiva es un perfume de lo colectivo, una sudoración que nos invita a deambular creativamente por las penumbras de lo real, por todos sus hemisferios seductores en una bella trasmigración con centro en una colectiva tierra sensible. Es esta belleza migratoria de la formación y la investigación artística, que impulsa a seguir viajes interdisciplinarios como experiencias de inmersión en lo térreo. Por ello, la formación sensible invoca y contacta con un genio colectivo, con una circulación afectiva desbordante que podemos entender como la estructura antropológica de la emoción y la pasión, en las palabras de Michel Maffesoli:

“De esta manera, desdeñada en ciertas épocas, en otras la afectividad parece regresar con fuerza a la vida social. No es por tanto frívolo prestarle atención, sino lo contrario. Cabe incluso preguntarse si más allá de lo cuantificable, o más acá del causalismo político, o de la mecánica económica, no existe una estructura antropológica más difusa: la de la emoción colectiva y de la pasión. Cada vez se está más de acuerdo en reconocer

⁷ Noción propuesta en la investigación post-doctoral, Roberto Marcelo Falcón, *Faire passer la recherche sensible*, CEAQ/GREAS, Universidad Paris Descartes, La Sorbonne, 2014.

su importancia en la vida política, donde jugaría el rol de acompañamiento o de interferencia. Por mi parte, yo iría un poco más lejos y emitiría la hipótesis de que la sensibilidad colectiva es en cierto sentido el manto freático de toda la vida social: la acción política se sustenta en ella y es esencialmente su tributaria. Historiadores como Michelet veían en ella incluso el primer motor de todos los grandes sucesos, sin el cual no sería posible comprender un desarrollo histórico.” (2007: 64)

La formación artística nos invita a sumergirnos en territorios vivos, en las raíces de la emoción colectiva, iniciándonos en un mundo que encuentra de nuevo la vida del ser plural.

Bibliografía

- Arendt, H. (2010) **La crise de la culture**. Gallimard. Paris.
- Bachelard G. (2001) **L'air et les songes**. José Cortí. Paris.
- Debord, G. (1992) **La Société du Spectacle**. Gallimard. Paris.
- Dewey J. (2004) **Experiencia y educación**. Biblioteca Nueva. Madrid.
- Falcón, R. M. (2010) **Sentido del proyecto afectivo**, Universidad de Barcelona. Tesis doctoral:
<http://www.tdr.cesca.es>
- Heidegger M. (2006) **Tiempo y ser**. Tecnos, Madrid.
- Maffesoli, M. (2007) **En el crisol de las apariencias**. Siglo XXI. México DF.
- (2010) **Le réenchantement du monde**. Perrin. Paris.
- (2010) **Matrimonium, Petit traité d'écophilosophie**. CNRS Editions. Paris.
- Vaz Ferreira, C. (1962) **Lógica viva**. Losada. Buenos Aires.
- Scheler M. (1996) **Ordo Amoris**. Caparrós Editores. Madrid.
- Torregrosa A. y Falcón R. (2013) "Patrimonios instintivos" En: Huerta R. Y de la Calle R. (eds): **Patrimonios migrantes**, PUV. Valencia. pp. 125-131.

Revistas

- Falcón, R. M. (2014) **Razón artística**. En: Revista de Filosofía Ariel, Nº 15, Montevideo, 42-46:
<http://arielenlinea.wordpress.com>.
- Torregrosa A. y Falcón R. (2015) **Pénombre et Séduction**, En: Revue Les Cahiers Européens de l'Imaginaire, Le Baroque, CNRS Editions, n°7, Paris, 330-333